Amar la verdad por encima de todo. Querer ver

Un segundo requisito para entrar en contacto con la fuente del criterio, con la luz de lo profundo de nosotros, es «querer ver», buscar y amar la verdad por encima de todo.

«¿Qué es la verdad?» se pregunta en un momento dado Simone Weil. Su respuesta aporta una de las descripciones de la verdad más lúcidas que conozco:

La verdad son los pensamientos que surgen en el espíritu de una criatura pensante única, total y exclusivamente deseosa de la verdad. La mentira son los pensamientos de quienes no desean la verdad, y de los que

desean la verdad y, además, otra cosa; por ejemplo, desean la verdad y, además, la conformidad con tal o cual pensamiento establecido.

SIMONE WEIL,

Nota sobre la supresión general de los partidos políticos

La verdad son los pensamientos que surgen en un espíritu que es tan puro que solo anhela verdad. A su vez, la mentira son los pensamientos que surgen en quienes no aman la verdad; o en quienes supuestamente buscan la verdad, pero también la conformidad con ciertos pensamientos previamente establecidos, es decir, en quienes están abiertos solo a aquellas «verdades» que no contradicen ni cuestionan las ideas a las que se encuentran apegados.

Se trata de una descripción muy interesante porque pone en relación la pregunta por la naturaleza de la verdad con la pregunta por las condiciones subjetivas que hemos de satisfacer para poder abrirnos a ella. Pues, en efecto, se recibe la luz de la verdad solo cuando se cumplen ciertas condiciones, siendo una de ellas la de amar la verdad por encima de todo y de forma incondicional.

En otras palabras, si tenemos en la mente unas ideas preconcebidas que no estamos dispuestos a cuestionar, estamos obstaculizando la recepción de la verdad.

Si queremos luz sobre alguna cuestión, pero no estamos completamente abiertos a que la respuesta que reciba-

mos de lo profundo no coincida con los deseos o creencias de nuestro yo superficial, estamos obstaculizando la recepción de la verdad.

Si buscamos luz, pero esperamos una respuesta determinada, tampoco recibiremos luz.

En definitiva, si no hay en nosotros una apertura total e incondicional, no recibiremos de forma plena la luz de la verdad. En general, vamos a obtener inspiración de nuestra guía interna, vamos a tener un contacto fluido con ella, cuando no tengamos miedo a abrirnos a lo que es; cuando no seamos conniventes con nuestros autoengaños; cuando estemos dispuestos a escuchar lo que puede enriquecer, matizar o cues-

tionar nuestras ideas; cuando no tengamos miedo a admitir «no sé»; o cuando, si tenemos miedo –algo muy humano–, al menos no seamos cómplices de ese miedo y haya en nosotros una voluntad aún más fuerte de verdad.

Queremos sabiduría, certezas interiores, luz, pero no siempre estamos dispuestos a pagar el precio. Queremos robar la sabiduría, quizá aprovisionándonos de las ideas de otros, pero no siempre estamos dispuestos a hacer el camino del desnudamiento progresivo que nos abre a la verdad.

Abrirnos a la luz interior

La luz se recibe deseando la verdad, sin pensar y sin intentar adivinar de antemano su

contenido. Este es todo el mecanismo de la atención.

SIMONE WEIL,

Nota sobre la supresión general de los partidos políticos

La forma en que podemos abrirnos a la luz interior viene dada por lo que Simone Weil denomina «mecanismo de la atención».

¿En qué consiste esta disposición? Consiste en lo siguiente: nos abrimos a lo profundo y escuchamos. Dirigimos nuestra atención de forma desnuda, sin ideas previas, sin querer adivinar ni manipular de antemano el contenido de lo que nos será inspirado.

Escuchamos y esperamos. Y en esta escucha, en esta espera, permanecemos

vacíos y disponibles: «que la verdad nos lleve a donde nos tenga que llevar».

Nos abrimos a recibir luz de lo profundo con una actitud abierta, receptiva, serena, relajada, paciente.

Sin esta disposición, la luz de la verdad encontrará frenos, no se abrirá paso de forma libre en nosotros.

De algún modo, pensar bien, en este sentido esencial, equivale a escuchar bien.

Un obstáculo que suele interferir en esta actitud de escucha es el miedo: «¿Y si lo que escucho contradice mis deseos? ¿Y si, por ejemplo, veo que tengo que dejar una relación a la que me encuentro muy apegado?». Tenemos miedo a que la vida demande de nosotros algún tipo

de sacrificio. Pero es importante advertir que, sean cuales sean las luces que lleguen a nuestro estado de apertura, procederán de nuestro propio ser y, por lo tanto, siempre nos indicarán lo que es mejor para nosotros. Nuestra guía interna nos dirige inequívocamente hacia nuestro pleno desenvolvimiento, nos orienta a nuestra felicidad. Lo que sucede es que nuestro yo superficial con frecuencia desconoce dónde radica nuestra verdadera felicidad.

Leía recientemente un artículo del diario oficial del Vaticano escrito con ocasión de las reivindicaciones del Día de la Mujer. En él se daba voz a unas monjas que admitían haber estado sometidas a una vida de servidumbre:

no solo denunciaban haber vivido al servicio del clero masculino; reconocían asimismo que, entre las propias monjas, a menudo se fomentaba la sumisión, por ejemplo, cuando una superiora impedía que una monja brillante intelectualmente progresara en sus estudios universitarios «para no dejarse llevar por el orgullo». Mencionamos en el capítulo pasado cómo arrastramos desde la infancia imágenes inconscientes sobre la autoridad. En el caso que nos ocupa, con frecuencia la mala educación recibida nos ha hecho asociar la autoridad espiritual a una instancia severa, castradora y represiva. Pero nuestro yo profundo nunca es abusivo ni sádico. Nuestra sabiduría profunda nunca nos pedirá que

sacrifiquemos nuestra felicidad, puesto que, de hecho, nos encamina hacia ella, así como hacia la completa expresión de nuestros dones y potencialidades.

Solo podemos estar abiertos a que nuestra guía interna nos lleve a donde nos tenga que llevar desde la total confianza en que ese lugar va a ser, infaliblemente, el mejor posible, el que se corresponde con lo que anhela lo mejor de nosotros.⁴

Considerar la paz y el sufrimiento como guías

Un tercer requisito para contactar de forma estable con nuestro criterio in-

terno es el de considerar la paz interior y el sufrimiento como guías.

Hemos visto cómo nuestra inteligencia profunda no nos habla a través de un discurso elaborado, sino de forma sutil, a través de un sentir profundo que se expresa en todas las dimensiones de nuestro ser: espiritual, psíquica y corporal.

Y el signo de que estamos en el camino, de que estamos haciendo lo que tenemos que hacer (aunque haya dificultades externas), es la paz interior.

Como mencionamos en el capítulo pasado, la inautenticidad existencial se siente. No llegamos a la conclusión de que estamos siendo inauténticos a través de una argumentación, ni al comparar nuestras conductas con ciertos

modelos o códigos de conducta; sencillamente, no nos sentimos en paz, no nos sentimos coherentes, unificados, auténticos. De algún modo, nuestro Ser nos habla a través de la falta de armonía; esta nos indica que hay puntos ciegos en nosotros, que no estamos avanzando en la dirección adecuada, que nos estamos acomodando a una situación que no permite el despliegue de nuestra verdad profunda o que es abiertamente incongruente.

Cuando se tiene un alto nivel de conciencia y mucha finura interior, la sensación de desarmonía es particularmente aguda; nuestro sensor interno está más afinado, tiene un volumen más

alto; de hecho, cuando nos descaminamos, la pérdida de paz es mayor.

De aquí la importancia de hacernos preguntas como las siguientes: «¿Hay paz en mi vida, hay armonía, predomina en mí un tono de contentamiento íntimo (más allá de los altibajos anímicos naturales)? ¿O predominan la inquietud y la insatisfacción conmigo y con mi vida?

»Si no tengo paz y me siento insatisfecho, ¿escucho lo que esta desarmonía me está indicando y me abro a recibir luz al respecto? ¿Qué puntos ciegos están obstaculizando mi desenvolvimiento? ¿Me estoy empeñando en avanzar en direcciones no guiadas por la escucha de lo profundo en mí?».

Nos hacemos estas preguntas y nos abrimos a escuchar y a recibir luz. Porque todas las respuestas que necesitamos para vivir sabiamente laten en lo profundo de nosotros.

Si nos explicamos nuestra falta de paz por las dificultades externas o por factores que no dependen de nosotros, nos engañamos; pues solo perdemos la paz cuando no estamos utilizando esas dificultades en dirección a nuestro crecimiento interno.

Y si ennoblecemos y racionalizamos nuestro sufrimiento, si nos hacemos una filosofía a la medida de nuestro sufrimiento y nos instalamos en ella, nos engañamos igualmente y el sufrimiento dejará de ser nuestra guía.